



Crónica Literaria

Por Alone

La Casa de los Hermanos Amundéguí (I)

Un turista de éstos que en tres días aprenden sobre Santiago más que en toda su vida un santiaguino viejo, sintió curiosidad por el contenido de esa sobreaguda torre brillante, redonda y misteriosa que se alza en Alameda esquina de Amundéguí.

Pronto lo supo.

Pero entonces su interés pidió más y quiso datos sobre lo que había allí antes de la torre y si algo quedaba todavía de su pretérito imperfecto.

Aquí fue la muestra.

La casa de los hermanos Amundéguí, doblemente histórica, arrasada para levantar la torre, la concinimos empujando por el segundo piso, habitada entonces por los Amundéguí Lastra, una de cuyas hijas era casada con Eduardo Solar Correa, grande y buen amigo.

De ahí mis primeros recuerdos que ya son lejanos. Iba yo frecuentemente por las noches, después de comida, a visitar a Eduardo que salía a recibirnos envuelto en una capa española, con la tacita de café en la mano y la acacia en los labios, diciendo que le gustaban mucho mis visitas. Entrábamos a su escritorio y allí empezaba la charla. Maestro y escritor de vocación auténtica, Eduardo había estudiado leyes y recibido el título de abogado para darle gusto a su familia, que, como toda su casta, miraba de reojo la enseñanza; pero en seguida vinieron el Pedagógico y la cátedra de Estética Literaria, que hizo crear y sirvió con fervor. Eduardo amaba las letras, como Taine las ideas generales, con concupiscentia. Era agudo, seca la expresión, los ojos chispeantes y el perfil todo lo más español que se puede. Cuidaba mucho, acaso demasiado, de su salud, porque esperaba y quería vivir largos años. Sus ambiciones eran desempeñar un papel como el de Bello. Una noche vi que en su tacita de café iba echando unas diminutas píldoras desconocidas.

"Luminolistas", dijo.

Agregó: "Estas cosas de Dávila y Grove...". Eduardo disolvía en el agua caliente sus inquietudes políticas.

Atacado de una apendicitis benigna, que habría admitido tratamiento fácil, prefirió la operación. Parece que algún error quirúrgico hubo que exigió una segunda intervención. El hecho es que, en plena juventud, a los treinta y tantos años, absurdamente, falleció. Nunca he podido conformarme con esa injusticia del destino.

Bajemos al primer piso.

Ancha y siempre abierta, la puerta de Alameda, permitía ver hasta el último y enorme patio cuadrado y la flanqueaban, a derecha e izquierda, una serie de espléndidas ventanas, obedientes a las leyes de la más rigurosa simetría, que daban vuelta por la calle Amundéguí, interminablemente. Toda la casa, sin ser suntuosa, respiraba ese lujo hoy desconocido aún en las mansiones palaciegas, el lujo del espacio, la antigua amplitud, hospitalaria y señorial.

De esa casa con aire de casona, los vecinos veían algunas tardes salir una pareja patética, un anciano de barbilla blanca, cerrados los ojos a la luz y una gentil señora, bastante menor que él, aferrada a su brazo, sosteniéndolo y guiándolo, pero sin descuidar los numerosos saludos que de los transeúntes recibía e iba devolviendo muy parsimoniosamente, hasta que detenía a alguno para darle o pedirle noticias. Su rostro fino, de líneas delicadas, tenía algo de extranjero, y una boca ingenua en contraste con la agudísima mirada para la que nadie pasaba inadvertida.

Doña Pepita, la señora Josefina Johnson Gana de Amundéguí, recogía en esos paseos el material que le serviría en la conversación con su esposo, don Miguel Luis Amundéguí Reyes, sabio y lingüista de porte

mayor, serio y autoritario, pero que necesitaba como todos, a sus horas, el alimento menudito de la conversación.

En esa ancha, amplia y noble morada fue donde don Miguel Luis, hijo de don Gregorio Víctor, uno de los hermanos de la estatua, pudo disfrutar de esa rara ventura que canta un verso de Sainte-Beuve:

Nacer, vivir y morir
en la misma morada.

Por desgracia, dentro de esos dos infinitivos caben muchos otros, entre ellos los que atañen a una familia numerosa que, a su vez, la tiene y multiplica y en ese mismo recinto goza y padece la convivencia estable y sus dramas colectivos.

Fuera de ellos, había para el anciano ciego el problema diario, vespertino y doméstico, de la indispensable conversación, para espantar ese que La Bruyère denominaba el mal de los grandes, el tedio.

Con doña Pepita al lado no corría don Miguel Luis ese peligro. Ella sacaba chispas de las piedras. Existía desde luego en casa, instalada en uno de los salones a la calle, nada menos que la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Española, la que ya procuraba una ocupación e imponía preocupaciones a su presidente, para fuera de las sesiones reglamentarias, celebradas por los académicos en ejercicio, estaban los candidatos flotantes que formaban sus alianzas y combinaciones para que éste entrara y para sostener a aquel, lo cual creaba la agradable agitación de una pequeña corte, donde nunca falta el material de los comentarios.

Avivaba el interés de éstos el que las reuniones se realizaban en el mismo histórico local donde quedó el recuerdo de La Pizarra, el gran salón de Alameda con Amundéguí, padre de las tertulias literarias santiaguinas que ilustran los nombres de Lastarria, Vicuña Mackenna, Montt, don Ambrosio, el de más caustico ingenio, cuyos dichos famosos todavía picaban en la Pizarra.

De sus anécdotas y de las de doña Rosario Reyes de Bello, la abuela de Iris, guardaban los labios de doña Pepita un rico repertorio que iban aumentando los conversatorios habituales y los que aportaban los hechos y circunstancias.

Había también los discípulos de don Miguel Luis o sus simples admiradores que acudían a consultar datos históricos a la casa del patriarca, que les daba el espectáculo de su incansable laboriosidad y el de su don adivinatorio para, ciego, encontrar el libro tal en alguna de las tres salas de libros repletas de volúmenes hasta el techo. Yo mismo fui testigo y usufructuador de uno de esos prodigios. Se trataba de un tomo, creo, de Lastarria, pasado ya a la categoría de rareza bibliográfica. Llévome don Miguel Luis al sitio preciso donde se encontraba; pero ya, aunque abría muchos los ojos, no lograba encontrarlo, hasta que él mismo, con la punta del bastón me lo mostró exactamente, como si lo estuviera viendo. Pese a sus ojos ciegos, recorríala toda con pie seguro, sin tropezar.

Pero el alimento de su espíritu, su solaz y reposo se los proporcionaba la infatigable doña Pepita con su combinaciones académicas y el juego de las corrientes ambiciosas que iban a dar a los pies de la presidencia, donde se definían. Doña Pepita era la Gran Electora. ¿De qué arma se valía? No había para qué preguntárselo. Su sola simpatía bastaba para dar las insignes sorpresas que nada le habían costado. Le preguntamos una vez como había conseguido una de ellas, la menos inesperada:

Por teléfono, contestó sencillamente.

Los conversatorios de la Pizarra deben de haber sonreído en sus tumbas.

La Casa de los hermanos Amunátegui [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Casa de los hermanos Amunátegui [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile